Capítulo XVI

PERFECCION Y HERMOSURA DE LA GRACIA

85.—Es halagador y de inmensa complacencia dejar que el entendimiento y también la imaginación, fortalecida y alentada con la luz del entendimiento, tiendan sus vuelos sin límites por los sobrenaturales horizontes de la belleza infinita, de la claridad y esplendor infinito, de la verdad infinita, de la grandiosidad, de la omnipotencia y de la admiración. Cuanto más vuelan y más alto sueñan y miran, van apareciendo nuevos y más insospechados mundos de verdad, de ilusión, de inimaginable encanto, grandeza y armonía. Nuevas y más pasmosas verdades esclarecen el entendimiento, comunicándole renovado y más crecido gozo; nuevas y radiantes y atrayentes maravillas recrean la fantasía y encienden el deseo.

En Dios siempre hay más que ver y admirar;

en Dios siempre se presentan nuevos y más sorprendentes gozos y realidades más gloriosas.

Con la gracia divina recibe el alma participación real de tan insospechable e incomprensible bien. Con la gracia recibe mi alma hermosura de la infinita hermosura de Dios y vida de su vida infinita. Porque la gracia es participación real de la misma naturaleza de Dios, infinita en todo bien. La gracia no sólo excede a todo otro bien criado, sino que ningún otro bien criado admite comparación con la gracia.

86.—La gracia es el principio vital sobrenatural o la vida sobrenatural del alma. La gracia es la naturaleza sobrenatural del alma y obra en el alma a modo de naturaleza produciendo y desarrollando actos sobrenaturales, que llamamos y son virtudes sobrenaturales y acrecientan la gracia y el amor de Dios.

Puedo muy bien decir discurriendo fríamente lo que es participación de Dios; puedo decir con toda verdad que la gracia es participación de Dios; pero es imposible formar idea clara ni comprender la grandeza de esa participación de Dios. Y no se puede formar idea clara, ni aun borrosa de esta sobrenatural maravilla y hermosura, porque es necesario tener idea clara de Dios, y Dios es un Ser y un Bien tan alto, tan luminoso, tan sobreexcedente en su naturaleza y en sus perfeccio-

nes, que nada criado puede compararse con El ni criatura alguna puede comprenderle en la tierra, y aun los bienaventurados y los ángeles en el cielo con su altísima inteligencia iluminada y levantada con la luz de gloria, con la cual ya ven directamente a Dios, no pueden comprenderle totalmente aun cuando continuamente estén viendo y comprendiendo más. Dios es el infinito y no puede lo finito abarcar ni abrazar lo infinito por mucho que vea, y pueda y abrace. En Dios siempre hay más y más que ver.

87.—Y no puede el hombre comprender la gracia en la tierra, por ser la gracia un ser sobrenatural totalmente espiritual, que Dios pone en la esencia misma del alma y la da para poder alcanzar y obtener la vida sobrenatural gloriosa del cielo, o para poder recibir la luz de gloria y con la luz de gloria, ver ya, y conocer, y amar y poseer a Dios en el cielo en felicidad.

Siendo la gracia espiritual y sobrenatural y recibiéndose directamente en la esencia del alma, no la perciben los sentidos del cuerpo, no puede figurársela la imaginación ni las potencias del alma tienen fuerzas bastantes para contemplarla.

Siendo la gracia espiritual y sobrenatural no tiene cuerpo, ni figura, ni contornos ni irradiación alguna sensible: no pueden verla los ojos, no puede tocarla el tacto. Al hombre le afecta e impre-

siona lo que vive sensiblemente y le entra por alguno de los sentidos. Mas la gracia divina de suyo no produce efectos sensibles y no podemos ni imaginarla ni comprenderla directamente.

La fe me dice lo que es la gracia, pero la fe es creer lo que no vemos ni comprendemos.

La fe me enseña el misterio de la gracia, porque Dios me lo ha revelado y enseñado por la fe. A la noción, que de la gracia nos da la fe, aplicamos los principios de razón y de teología y discurrimos sobre la gracia en su ser y en sus propiedades y perfecciones; y como ni la hemos visto, ni saboreado ni palpado, más que comprender lo que es, adivinamos y soñamos lo que tiene que ser. Sin la fe no sabríamos ni que existía la gracia como no lo saben ni creen en ella los ateos y los no cristianos.

88.—Por esto mismo no sabemos con certeza cuándo nuestra alma está en gracia a pesar de ser el bien más rico y hermoso, el más importante y espléndido que Dios da al hombre y que nos lo da para lo más grande y glorioso como es alcanzar y poseer el fin último de la vida eterna y feliz para la cual nos ha criado.

Oh Señor; yo no veo ni comprendo la gracia y es el don sobrenatural y por excelencia que Tú me das y es la luz y la vida sobrenatural que Tú me pones en el alma para que con ella nazca y

crezca el amor tuyo, para que con tu gracia broten y se desarrollen hasta florecer y dar fruto muy copioso las virtudes, para encaminar mi alma en todas sus obras hacia el cielo, para transformar esta mi alma en amor tuyo, y hermosearla con las flores de las virtudes, para adquirir cielo, mucho cielo, y dicha inmensa.

Con la gracia pones en mi alma tus joyas y tus tesoros de eternidad y de gloria y me la vistes con el vestido de tu misma hermosura.

La gracia sobrenatural, participación y comunicación de tu naturaleza, es don exclusivamente tuyo. No puede comprarse con ningún tesoro; supera todo valor. La gracia no puede merecerse en rigor de justicia con ninguna obra; supera todo merecimiento. Nadie puede dar la gracia sino Tú; es don exclusivamente tuyo. Te das a Ti mismo en la gracia y llenas mi alma de Ti.

Dios es ser sobre todo ser. Dios es el ser infinito. Dios es sobre todo cuanto puede entender la inteligencia criada. Dios es el infinito en toda perfección, y ninguna inteligencia criada tiene capacidad para comprender el ser de Dios ni los atributos o perfecciones infinitas de Dios, porque Dios es hermosura sobre toda hermosura y encanto y Creador de toda belleza.

Tampoco podemos comprender en la tierra lo que es este don de Dios por el cual se pone el mismo Dios en el alma, se comunica al alma, obra

maravillas de amor en el alma, transforma en amor de Dios el alma, sobrenaturaliza y endiosa al alma. No puede merecerse de suyo este don. ¡Oh divina Belleza, qué gozo será el verte y poseerte! ¡Qué jubiloso y radiante gozo me inundará cuando te vea y te posea!

Todas las obras que realizamos los hombres, aun cuando pudiéramos realizarlas con toda la generosidad y perfección de que fuéramos capaces, son obras pequeñas, limitadas e imperfectas. Si nos fuera posible acumular todas las obras de todos los hombres juntos, aun todas juntas son como nada comparadas con lo infinito de Dios. No hay comparación posible entre lo finito y lo infinito. Ni hay bien terreno comparable al bien de la gracia. Dios con su gracia extiende sus amorosísimos brazos para estrechar al alma en amor y colmarla de sus insoñables e increadas bellezas y ponerla después en sus bienes y delicias del cielo. ¿Cuál será, repito, el gozo que sentirá el alma cuando se vea inundada por las gloriosas cataratas de luz y de delicias divinas? ¿Qué no gozará volando entre ángeles bellísimos y bienaventurados dichosos y bebiendo delicia de fragancia y armonía en la misma vida de Dios?

CAPÍTULO XVII

LA GRACIA ES UN BIEN SOBRE TODO BIEN Y UN DON SOBRE TODO DON

89.—Dios hace participante al alma de su misma naturaleza por la gracia.

La gracia no es material ni corpórea; pero es un ser real, físico, espiritual, sobrenatural, superior a toda naturaleza criada. Dios le pone en el alma, para levantarla a vida sobrenatural.

¿Cómo o qué es la gracia santificante? ¿Cómo se recibe en el alma? No lo sabemos. Supera a todo ensueño de la fantasía; la inteligencia más aguda no puede formar idea clara de lo que es. Excede a todas las cosas bellas y preclaras; ni podemos formar concepto de su hermosura y encanto por cuanto vemos en la naturaleza de más admirable. Ni el alegre alborear de la aurora, ni el soñador crepúsculo de la tarde, ni la esplendorosa luz del mediodía, ni la amenidad de la alameda

con los más variados trinos de los pajarillos cantores, ni lo asombroso del estrellado firmamento, ni hermosura de rostro agraciado, ni candoroso mirar de ojos virginales, ni cosa alguna criada puede compararse con la gracia, porque la gracia es participación de la naturaleza y de las perfecciones de Dios, y sólo conociendo a Dios en su esencia y en sus atributos podríamos formar el concepto preciso de la nobleza, del valor y de la hermosura de la gracia.

La gracia supera todo bien y toda ilusión creados. La gracia es vida eterna.

La gracia es misericordia, es largueza, es generosidad y bondad del mismo Dios, que se pone amoroso en el alma. La gracia es el amor mismo de Dios en el alma. Como ya he dicho y repetiré más veces por ser la verdad fundamental, es la participación de la misma naturaleza divina, con lo que manifiestamente se ve que tiene que ser perfección superior a todo lo demás criado con una superioridad incomparable.

Si sé que todas las cosas creadas, y que todo lo que puedan pensar no sólo nuestras inteligencias de hombres, sino las inteligencias clarísimas de los ángeles en todas sus Jerarquías son nada y sombra de nada comparadas con la infinita perfección, sabiduría y poder de Dios —porque lo finito por perfecto que sea no tiene nunca comparación con lo infinito—, siendo la gracia parti-

cipación de esa naturaleza infinita de Dios, necesariamente es superior a todo otro ser, a toda otra criatura por alta y perfecta que sea, por deslumbrante belleza y bondad que encierre.

90.—Si yo, si mi alma está en gracia, participa de Dios, de la misma naturaleza de Dios, de las perfecciones divinas de Dios como son su verdad, su bondad, su hermosura. Mi alma recibe por la gracia la riqueza inefable de Dios y se viste el vestido de belleza y de felicidad del cielo, y se posesiona de lo subyugador y atrayente del amor de Dios.

La gracia divina transforma al alma en amor de Dios; sobrenaturaliza y deifica al alma. La gracia es el vestido de cielo del alma. La gracia es la vida sobrenatural del alma.

Esto me enseña con toda claridad que todos los bienes materiales que me deslumbran y todos los bienes intelectuales que me admiran se eclipsan ante la hermosura e incomparable resplandor de la perfección y del bien de la gracia.

Me maravillará la belleza de la tierra en los contrastes de sus variados paisajes, en la galanura de las praderas y encanto de los jardines; me admirará la grandeza de los cielos en sus astros inmensos e innumerables con sus brillantísimos fulgores, con sus pasmosas velocidades y la inex-

plicable armonía de sus órbitas de traslación y su rotación.

Me gozaré admirando la disposición y misterio del cuerpo vivo de los animales tan variados y bellos en sus formas y colores y mucho más la gentileza y gallardía del complicado cuerpo humano.

Y si me fijo en los bienes y perfecciones intelectuales y en la sabiduría de la inteligencia y en las creaciones artísticas de la fantasía, mi asombro supera toda ponderación. Pero ¿cómo he de intentar siquiera comparar estas bellezas y estas perfecciones con la perfección y belleza de la gracia, ni estos bienes con su bien? Esos bienes con toda su perfección admirable son bienes materiales naturales y la gracia es perfección y bien espiritual-sobrenatural y participación del bien infinito de Dios.

Alma mía, si estás vestida con este vestido de cielo; si Dios te ha comunicado y hecho participante de sus mismas perfecciones, aun cuando todavía de modo invisible e insensible pero realmente, eres superior a toda otra riqueza por deslumbrante que parezca y tienes mayor bien y más fascinadora hermosura y encanto que cuanto puedes soñar, o figurarte, o anhelar en tus deseos.

91.—La gracia sobrenatural es más noble y más perfecta que el alma y que los ángeles; la gracia es superior y más perfecta que el alma de

la Virgen y que el mismo alma criada de Jesucristo. Los ángeles por la gracia sobrenatural fueron levantados a vida sobrenatural y coronados de gloria y de felicidad. Si la Virgen fue lo que fue en hermosura, en virtud, en perfección y bondad, si fue la Santísima entre todas las criaturas espirituales, lo fue porque Dios la llenó de gracia sobre todas las demás, y el alma de Jesucristo fue sobre toda hermosura por la gracia santificante recibida y por la gracia de la unión hipostática con el Verbo eterno, inmensamente mayor que la gracia santificante.

92.—Aún pienso con gozo de mi alma y creo haber llegado a entender lo que me enseña la teología cuando me dice que la gracia sobrenatural es superior a la visión beatífica, probándomelo con estas razones: *en ningún orden la obra es de suyo más perfecta que el ser que la produce; y si es más perfecta la naturaleza productora que la obra producida, en el orden sobrenatural la gracia es el ser y la naturaleza sobrenatural, o la gracia es el mismo ser o la misma naturaleza sobrenatural y la visión beatífica es la operación o la obra actual de la gracia...*

Ninguna operación u obra particular de un ser, por perfecta que sea, puede igualar a la perfección que tiene la misma naturaleza del ser que la produce, ya que la naturaleza es el principio y la cau-

sa que produce esa obra particular y la naturaleza o el ser puede producir esa y otras muchas muy diferentes a esa. Y esto es lo que se da entre la gracia y la visión beatífica: la gracia es la naturaleza y el ser sobrenatural que produce la obra y la visión beatífica es una obra o una acción propia de la gracia (1), o es un efecto o un acto vital sobrenatural producido por la gracia, la cual es la causa y la naturaleza que produce, aun cuando nos parezca más maravillosa y excelente la obra o la visión producida que la misma gracia, como frecuentemente nos parecen algunas obras de los hombres más sorprendentes y maravillosas que el mismo hombre, que las produce; así nos extraña más el invento de subir a los astros que el mismo hombre.

Por brillante que sea un pensamiento, será más grande y admirable la inteligencia que lo produce, aunque la grandeza de la causa se manifieste en la grandeza del efecto y de la obra que realiza.

Ninguna sustancia ni ser o naturaleza alguna criados pueden producir ni ser causa de los efectos sobrenaturales, y los más altos y sublimes efectos sobrenaturales que produce la gracia, como son el de recibir el alma la luz de gloria y ver a Dios directamente en su esencia, que es la visión beatífica, se reciben por la gracia como causa principal, aunque remota.

(1) *Cursus Theologicus Salmaticensium,* tract. XIV, disp. IV, dub. VII, núm. 114.

Con la precisión y exactitud acostumbradas en él, expresó esa verdad Santo Tomás de Aquino en esta frase: *el bien de la gracia de un solo espíritu es mayor que el bien natural de todo el universo* (2); el bien natural no pasa de natural, y la gracia es un bien sobrenatural y participación directa de la naturaleza divina en sí y en sus perfecciones.

93.—Veo ser una verdad cierta, y aún me parece que clara, que en proporción de la proximidad o unión que un ser tenga con la perfección infinita y creadora serán la alteza y las perfecciones que ese ser reciba y posea. Aun en los mismos seres materiales lo veo. Cuando la tierra está más próxima y más directa al sol, recibe más luz y más calor. El planeta que tiene su órbita más cercana al sol recibe también más luz y más calor.

Pues siendo la gracia divina participación de la misma naturaleza de Dios, es ser sobrenatural participado y sobrenaturaliza y deifica a los seres espirituales a quienes Dios la da. Dios es sobrenatural e infinito por su misma esencia, la gracia es sobrenatural por participación. Siendo el único ser criado que participa directamente de la esencia de Dios y es participación de la misma naturaleza y de las mismas perfecciones divinas, es también

(2) *Suma Teológica*, I, II, q. 113, a. 9, ad. 2.

el único ser participado directamente de Dios y el más perfecto y hermoso, y el más alto y noble que puede existir en lo criado, levantando y ennobleciendo cuanto toca y envolviendo en divinidad los seres espirituales.

La gracia es la mayor claridad, la mayor excelencia y el mayor bien criado, ya que es el germen y raíz y la causa principal del más noble y dichoso efecto que existe como es la visión beatífica y la posesión gloriosa de Dios o el último fin sobrenatural y la felicidad del alma o del ángel en el cielo.

94.—La gracia excede en bien y en perfección a toda criatura y está muy por encima de la tan estimada vida natural, pues tiene tan íntima unión con el mismo Dios y es vida sobrenatural y produce actos vitales sobrenaturales. La inteligencia del hombre, mientras peregrina en la tierra, no puede comprender el tesoro de la gracia hasta que por ella vea, conozca y goce a Dios ya gloriosamente en el cielo.

Según la enseñanza de la fe y verdad fundamental, veo que la gracia es la medida del cielo o la medida de felicidad y gloria que cada alma ha de gozar en el cielo. En proporción de la intensidad o grados de gracia vivida, será la intensidad y alteza de la visión de la esencia de Dios, pues si la gracia es la causa principal de la luz de gloria, bien se puede decir que la gracia es en prin-

cipio la visión de Dios y será el eterno amor glorioso a Dios y será el gozo y la delicia que cada alma para siempre tenga, porque la gracia es la realidad sobrenatural de la participación de Dios en su naturaleza y en sus perfecciones y por la gracia une Dios al alma con El mismo en unión de amor y en felicidad gloriosa.

Alma mía, tanto tendrás de cielo y de felicidad cuanto hayas crecido aquí en la gracia por las virtudes y con el trato de amor con Dios. Si no tuvieres la gracia de Dios viviendo en la tierra, no tendrás participación de Dios después en el cielo ni aun podrás entrar en el cielo.

Ten muy presente que tendrás tanto cielo cuanto ahora quieras tener por la vida santa que vivas y serás ahora tan santo cuanto quieras y lo pidas a Dios. Nos parece que Dios como que se ha propuesto condicionarse a Sí mismo al querer del alma para dar su gracia y su amor y según el alma se determine a cultivar y fomentar la gracia y el amor por el esfuerzo y el esmero en practicar las virtudes y vencerse a sí misma mejor y hacer la voluntad de Dios con mayor perfección.

La gracia es la capacidad y medida de la visión beatífica en el cielo.

Sólo Dios puede dar su gracia y su amor. No deja de darlos a los diligentes que salen a su encuentro y en proporción de la diligencia. Transforma en amor divino al alma, que se vacía de sí

misma y cultiva la gracia con el esforzado ejercicio de las virtudes. Puedo ser tan santo cuanto yo quiera. Dios me lo concede gustosísimo. Dios hará en mi alma la capacidad de gloria que yo quiera. Mientras viva, Dios no pone límite a mi voluntad, antes animará mi deseo.

La gracia no se merece en rigor de justicia; es don de Dios, pero Dios, que me la da y quiere dármela en muy grande abundancia, ha determinado que la gracia merezca el cielo y merezca también otra nueva gracia.

Dadme, Dios mío, vuestra gracia. Dadme el vestido del cielo, que sólo Vos me lo podéis dar, y cada día aumentad en mí su riqueza y hermosura. Dadme que yo quiera cada día querer más y con vuestra gracia me esfuerce más para que os ame y esté más rendido a vuestro querer, y esté más atento y fiel a vuestra llamada y con más continuado trato de amor.

Haced ya, Dios mío, la especial unión de amor con mi alma. Tomad total posesión de mí, transformando mi alma con vuestra gracia. Bendito seas por tan altísimo y precioso bien.

Capítulo XVIII

SOLO DIOS PUEDE DAR LA GRACIA

95.—Sólo Dios puede dar la gracia. No hay criatura alguna que pueda llegar directamente a ver, a conocer, a poseer la naturaleza y la esencia de Dios, porque Dios es la misma sobrenaturalidad, o sea, por su mismo ser y esencia trasciende y supera toda la naturaleza criada, o está fuera y por encima de toda naturaleza criada. Esto se entiende por *sobrenaturalidad.* Y como la gracia es participación de Dios en su misma naturaleza y en las perfecciones de su naturaleza, sólo Dios tiene poder sobre Sí mismo para comunicar su naturaleza y sus perfecciones. El poder que Dios comunica a las criaturas nunca llega a hacer a nadie dueño de la naturaleza de Dios para comunicarla a otro. Sólo Dios es dueño de Sí mismo y se comunica al que quiere y como quiere. Las criaturas podemos recibir y aceptar lo que Dios nos comunica y usar de los bienes que nos da.

96.—Es Dios el que voluntariamente se da a Sí mismo. Pero Dios es tan amable y generoso con las criaturas espirituales que se vuelca sobre ellas y se pone como a disposición de ellas. Da el ser natural o la naturaleza material y física a todos los seres que vemos y los adorna de mil propiedades y perfecciones como admiramos sin comprender sino muy pocas. Pero en estas perfecciones materiales que generosamente da, pone a cada criatura sus límites y determina sus detalles concretos. Los seres no pueden pasar de esos límites y detalles ni ha dejado a cada uno el poder aumentarlos o adquirir otros nuevos. Son las leyes de la naturaleza que la inteligencia del hombre estudia en las leyes físicas permanentes de la materia o en los miembros de los animales. Es lo admirable de la física y de la química y lo maravilloso de la anatomía.

Aun en las cualidades naturales del espíritu en su inteligencia o en su habilidad, Dios ha señalado a cada individuo el grado y la perfección que tiene y constituye la capacidad mental de cada sujeto, sin que puedan superarla. El hombre con su estudio puede desarrollar sus perfecciones y cultivar esa capacidad, pero no puede superarla.

Mas en el orden de la riqueza del alma, de la gracia, del amor a Dios y de las virtudes, o sea, en lo grande, hondo, luminoso y misterioso de la vida espiritual e interior, Dios ha sido inmensamente

más generoso y magnánimo. A nadie, que sepamos, ha puesto otro límite ni señalado otro grado determinado que lo merecido en los días prefijados de vida. Lo ha dejado a la voluntad y a la determinación y esfuerzo de cada uno. Dios se comunica y se pone tan perfectamente en el alma y toma posesión del alma como cada uno corresponde y muestra su voluntad en la decisión, en las obras y en las virtudes.

Yo puedo en algún modo tener la gracia de Dios y el amor de Dios que yo mismo quiera. Yo puedo tener la perfección espiritual que yo mismo quiera, dentro de los días de vida que me concede, según sea mi fidelidad y correspondencia a su llamada.

Es una verdad muy cierta que ni la gracia de Dios, ni el amor, ni las virtudes —que muestran la verdad del amor— se merecen de suyo o con rigor de justicia con nada ni pueden comprarse con tesoro alguno. Sólo Dios puede darlos, porque dar la gracia y dar su amor es darse a Sí mismo y comunicarse al alma, y acabo de decir que sólo Dios es dueño de Sí mismo.

Ni los ángeles pueden darnos o merecernos la gracia, ni la Virgen Santísima puede darnos o merecernos el amor de Dios directamente y por sí. Son mediadores nuestros, interceden por mí ante el Señor, pero no son dueños de la gracia ni del amor. Suplican a Dios me dé su gracia y su amor.

La Virgen Santísima fue llena de gracia, fue Virgen fidelísima. Pero la Virgen recibió la gracia. Dios dio la gracia a la Virgen, la llenó de gracia. Porque la Virgen correspondió heróicamente a la gracia y puso toda su voluntad en amar a Dios con toda la capacidad de su ser y fue fidelísima en las virtudes, participó de Dios como ninguna otra criatura y fue superior a todas. Solemos decir que amó sobre toda medida y Dios la colmó de amor y tomó posesión de la Virgen con una perfección superior a todas las demás criaturas. La Virgen fue la criatura más perfecta, porque fue la criatura más fiel y la más esforzada en la fidelidad, en la entrega y en la aceptación. Por haber sido fidelísima la llamamos la Pura, la Inmaculada, la Incontaminada.

Dios da la gracia a las almas según es la fidelidad y el esfuerzo en la entrega que el alma hace de sí a Dios. Cada uno recibe la perfección que muestra querer en sus virtudes. Dios a nadie la niega y a todos nos la ofrece para que la tengamos.

Pero sólo Dios puede darla. Sólo Dios es el propietario de la gracia. Sólo Dios es el propietario del amor. Y sin que de suyo puedan merecerse con nada, los da, porque así lo ha dispuesto, según es la cooperación y son las obras de cada uno.

97.—Como la gracia es participación de la misma naturaleza de Dios y de sus perfecciones, al

recibir el alma la gracia recibe en su misma esencia, en su naturaleza y en lo íntimo del alma, naturaleza de Dios, perfección de Dios, comunicación de los atributos de Dios, y en ese mismo momento que la recibe es levantada a naturaleza sobrenatural; además de su naturaleza natural, con las propiedades de su ser natural, adquiere propiedades superiores a lo que pide y exige su ser natural; recibe propiedades y derechos superiores a sí misma; Dios la sobrenaturaliza, la endiosa o diviniza comunicándola de sus perfecciones divinas. Dios la hace hija suya por adopción, porque tiene ya semejanza a la naturaleza divina y la da derecho a la felicidad sobrenatural en el cielo, a que le vea y posea y goce directamente en su esencia en el cielo, a lo que no tenía derecho según su propio ser natural.

Con esta sobrenaturalización, el alma se hace imagen de Dios, se asemeja a Dios con semejanza analógica, pero formal y real, y recibe una nueva hermosura y una nueva perfección que no se parece en nada a la hermosura anterior. La anterior vida y naturaleza era natural y ésta es sobrenatural. La anterior era como la de los demás seres, aunque espiritual, y ésta es semejante a la del mismo Dios, sobrenatural. Dios mismo ha grabado en mi alma su imagen viva y mi alma lleva en sí como propia la imagen viva de Dios.

98.—Con esta perfección se la da un modo nuevo de obrar. La gracia fortalece el alma, consolida el alma en el bien, levanta el alma a la virtud sobrenatural sin quitarla aun el modo natural y la condición natural, ni aun de momento quita los apetitos naturales.

El alma que ha recibido la gracia es una nueva criatura sobrenatural. Dios ha puesto su imagen en ella y se refleja en ella y se mira en ella. Es una belleza nueva y un encanto nuevo, semejante en la realidad, aun cuando no en el gozo, a los ángeles del cielo; participa de Dios, como ellos. Dios, el amor especial de Dios, el manantial sobrenatural de todo bien y de toda delicia, está con amor especial en la esencia del alma.

Para poder decir y describir la perfección, la bondad, la belleza y encanto del alma en gracia era necesario describir a Dios, era necesario comprender a Dios, y Dios no puede ser descrito ni aun comparado con nada, porque supera toda comprensión. Dios es Dios, el infinito, el sumo Bien, la Omnipotencia, el Creador de todo, la Perfección infinita y la Felicidad infinita por su misma esencia. No se puede describir a Dios, porque es puro espíritu y no tiene género ni diferencia. Trasciende todas las categorías.

Como el alma en gracia tiene impresa en sí la imagen viva de Dios, está levantada por la gracia al orden sobrenatural y su perfección y belleza es

indescriptible y excede a toda la belleza y a toda la armonía que pueda entrar por los sentidos o que pueda soñar la fantasía. Nada hay en la creación sensible y material que se asemeje ni pueda asemejarse a tan alta y delicada belleza y al encanto y suavidad de tan soberana perfección.

99.—San Juan de la Cruz, con su temperamento poético y su alma mística, iluminado con misteriosa y celestial luz, se gozaba en admirar tanta hermosura, y hablando con Dios, y agradeciéndole el sobrenatural beneficio, le decía:

Cuando Tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en Ti vían.

Los ojos de Dios mirando amorosamente a mi alma ponen en ella eso altísimo que el alma no puede merecer ni comprender. Dios mirando mi alma pone en ella la misma hermosura del cielo, porque pone en verdad su misma hermosura, se pone Dios mismo en mi alma y pone su riqueza de amor y de gracia.

Como cuando se empapa un copo de lana o de algodón en un perfume, huele al perfume y hasta toma el color del perfume, y si se acerca a

la llama se inflama y arde con la rapidez del perfume, así mi alma se empapa en las perfecciones que Dios me comunica, y huele a Dios, y tiene hermosura de Dios, y ama con amor de Dios. Me ha vestido con vestido de cielo, que es vestido de hermosura, de riqueza y amor. Me lo ha dado Dios y sólo Dios puede dármelo. Dios me deifica realmente con su gracia.

¡Qué misterio tan impenetrable hay aquí encerrado, pero muy lleno de esperanzas y de grandiosas maravillas!

Nadie puede merecer esto con rigor de justicia. Nos lo ha de dar Dios y Dios está deseando darlo a todas las almas, está deseando embellecer a todas las almas con su misma belleza, y lo desea con un deseo como no podemos imaginarnos. Pero no lo realiza mientras el alma no quiera y se determine y coopere. ¡Este es el misterio! Si yo quiero y Vos queréis, Dios mío, ¿por qué no lo realizáis ya? ¿Por qué no embellecéis mi alma con vuestra belleza? ¿Por qué no divinizáis ya mi alma? ¿Cuándo será, Dios mío, este cuándo?

Decidme: ¿en qué me detengo?
O Vos, ¿en qué os detenéis?

Capítulo XIX

LA GRACIA SOBRENATURALIZA Y ENDIOSA EL ALMA

100.—Dios quiere comunicarse con plenitud de amor a todas las almas y habitar por amor en todas hasta unirlas Consigo mismo. Dios nos ha criado para unirnos en amor con El y nos une no rebajándose El de su naturaleza, que por ser infinita en toda perfección no puede despojarse ni perder ninguna, sino levantando nuestra pobre naturaleza y comunicándola sus perfecciones; o sea, sobrenaturalizando y endiosando nuestra alma. Lo realiza cuando el alma quiere con querer de obras, en perfecta abnegación de sí misma y después de haberla preparado el señor por la purificación. Dios la reviste entonces con su gracia, la hermosea y enriquece con sus perfecciones y la une Consigo colmándola de su gozo. Dios no necesita de las almas ni de los ángeles. Las crea para comunicarlas su bien y su amor y hacerlas felices.

Es grande misericordia de Dios para con el alma darla fuerza para que el alma quiera salir de sí misma, de su amor propio, de sus apetitos y de los apegos y disipaciones del mundo y de lo mundano para consagrarse a Dios y querer ser toda de Dios. Disponiéndose para recibir las perfecciones de Dios sin obstáculos ni tardanzas, se hace apta para vivir la vida de Dios dentro de sí misma, en lo íntimo de sus potencias y de su esencia, donde Dios se comunica y donde Dios pone su amor y su gracia.

Porque dentro de mí y en lo íntimo de mi ser y de mi querer y de mi entender es donde Dios pone su gracia y se pone El en amor, si yo me dejo disponer limpiando mis potencias. Aquí hace su obra de amor por la gracia y convertirá mi alma en pequeño cielo con su presencia.

Qué atrevimiento e irreverencia parece decir que Dios endiosa al alma que con decisión coopera y corresponde a sus llamadas y que Dios quiere endiosar la mía.

Y no es irreverencia ni atrevimiento, sino altísima y delicadísima verdad y subidísimo y maravilloso amor de Dios. Porque ésta es la obra predilecta de Dios y a todos llama y nos insta para que queramos nosotros. *Si no falta a Dios el alma, Dios nunca falta al alma* y pone su morada en ella.

101.—Si el alma participa de la naturaleza de Dios y de sus perfecciones, es para apropiárselas.

Dios se las da al alma para que las haga suyas y se las da porque la ama, y este don es su propio amor; y las da porque quiere realizar la obra perfecta del amor en la unión con El. Con esta gracia el alma se hace semejante a Dios; no idéntica, sino semejante, con semejanza analógica, pero real. Con esta gracia y este amor el alma es sobrenaturalizada, es divinizada, es endiosada por adquirir, aunque imperfectamente, naturaleza de Dios y propiedades de Dios. Dios la ha hecho hija suya. Dios habita en esa alma con amor especial y la hace una cosa con El por amor.

Dios tiene la amorosa complacencia de hacer hija suya al alma humilde, limpia y transparente. Sólo el amor propio y el apego en los apetitos y gustos puede impedírselo. Pero ¿quién le impide obrar esta maravilla de gracia y de amor en el alma ya humilde y limpia?

Si pudiera yo darme cuenta y comprender claramente lo que es estar el alma vestida de Dios y vivir y estar en su misma esencia, no sólo en lo exterior, sino en lo íntimo y como una esponja empapada en Dios, no cabría en mí de gozo, ni me cansaría de dar gracias a Dios por tan celestial delicadeza y dejaría todas las demás cosas para dedicarme a ésta sola. Muy poco vale un trozo de lienzo, pero pintado por un gran artista no tiene precio. Endiosada quiere decir empapada en Dios, transformada en sobrenatural, saturada de gracia.

Recuerdo de nuevo la comparación de la vedija o del copo de algodón empapado en un perfume; tiene propiedades de perfume y huele como el perfume sin dejar de ser lana o algodón. Y el pedacito de pan empapado en vino tiene otro sabor y color y otras cualidades que antes no tenía sin dejar de ser pan.

El alma sobrenaturalizada por la gracia, sin perder su propia naturaleza y su propia personalidad y condición, recibe otras nuevas perfecciones y cualidades y otro poder que antes no tenía. Está el amor de Dios en ella y la ha empapado y huele a Dios, y respira a Dios, y tiene vida de amor de Dios en sus obras; sus aspiraciones, y sus deseos, y sus esfuerzos son de Dios y para ser Dios se aparta de todo lo que pueda distraerla e impedirla hacer la voluntad de Dios.

La voluntad se une a Dios, pero es el amor el que une la voluntad con Dios.

El alma crecida en la gracia respira amor de Dios, vive el amor de Dios, está movida por el amor de Dios y busca agradarle a El solo. Todo lo demás tiene como nada comparado con el amor de Dios. Es un alma que se ha sobrepuesto a sí misma y está totalmente ofrecida; es un alma santa. No quiere nada más que pensar en Dios y estar empapada en Dios como lo está la esponja en agua.

102.—La gracia no cambia el temperamento,

ni la condición natural, ni la manera de ser, al menos de momento. Por eso no desaparecen los apetitos ni las tentaciones e inclinaciones naturales en seguida que se recibe la gracia. Pero se recibe una fuerza y un auxilio especial del Señor para vencer los apetitos y las tentaciones y convertirlos en virtudes. La gracia forma los santos sin cambiarles su carácter individual, pero sí quitando lo defectuoso y poniendo perfección y nobleza. La gracia ayuda a quitar lo imperfecto y a sobrenaturalizar las acciones haciéndolas por Dios y según la voluntad de Dios, rectificando y perfeccionando, pero no quitando o cambiando el carácter y el modo de ser de cada uno. Todos los caracteres y todos los temperamentos pueden servir para la santidad.

Los santos fueron todos santos, unos más que otros, según participaban más de Dios por una mayor gracia y mayor fidelidad en las virtudes. Pero todos fueron diferentes entre sí y no se parecían unos a otros ni en su temperamento, ni en su trato, ni en las cualidades, ni en el modo de ser, ni en el talento, ni en la habilidad, ni en el atractivo o dulzura, ni aun en el modo de practicar la virtud o en la predilección que cada uno mostraba por distinta virtud particular.

Es frecuente repetir como verdad admitida que la gracia no cambia la naturaleza, queriendo expresar con esto que la virtud no cambia ni el

carácter, ni la condición, ni las cualidades propias; no las cambia, pero las rectifica, las santifica, las sobrenaturaliza, y quitando lo defectuoso y poniendo lo perfecto, parece otra persona muy diferente. Quitando la aspereza y la ira y vistiéndose con la bondad y la mansedumbre, es el trato totalmente diferente y llega a parecer también diferente la persona. La gracia comunica perfecciones y es ya mucho cambiar como lo es quitar defectos y poner bellezas o virtudes y de la indolencia hacer fidelidad y exactitud.

103.—En lo humano se presenta a San Pedro y a San Pablo como el cimiento de la Iglesia y son dos grandes apóstoles; pero en su modo de pensar y de expresarse y en su condición personal eran muy diferentes el uno del otro. Muy santos los dos apóstoles, muy llenos de Dios, pero muy distintos en sus personas. ¿En qué se parecen las cartas del uno a las del otro? ¿Y en qué el temperamento y carácter? Pero todo lo convirtieron en santidad.

Si traemos a la memoria tres grandes fundadores de tres Ordenes religiosas muy preclaras como son la Franciscana, la Dominicana y la Compañía de Jesús, veremos y admiraremos que sus respectivos fundadores, San Francisco, Santo Domingo y San Ignacio, fueron muy grandes santos, muy llenos del amor de Dios, con maravillo-

sas virtudes y muy abrasados en el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y cada uno mostraba especial predilección por virtudes muy distintas y ejercitaban el apostolado y hacían resaltar la santidad de modo muy diferente: no se parecían en el carácter ni en el temperamento. ¿Y qué decir del gran fundador San José de Calasanz y de tantos otros, aun viviendo en la misma época y en la misma sociedad?

Tampoco se asemejaban entre sí aquellos dos santos del amor San Juan de la Cruz y San Felipe Neri si no era en el mismo ardiente amor y entrega total a Dios.

¿Y qué diferencia de tanto contraste no admiramos entre las grandes santas Santa Clara, Santa Catalina de Sena y Santa Teresa de Jesús? ¿No nos maravillamos ante la desemejanza tan notoria en la familia de Betania, tan amada de Jesús, entre las hermanas Marta, María y Lázaro?

Todos fueron luces espléndidas que dieron resplandor en el candelero de Dios, y lucieron con luz de Dios, pero con reflejos muy variados y diferentes, como lo son tantos santos que hoy viven, como admiramos en el cielo la luz rojiza del planeta Marte y el espléndido fulgor de Venus, y los dos reciben la misma luz del sol, y nos admiramos con cada uno de los colores del arco iris.

La gracia no cambia la naturaleza o condición de cada uno, pero la gracia ayuda y enseña a qui-

tar lo imperfecto y defectuoso del carácter y de la propia condición de tal manera que le modifica y desarrolla las perfecciones hasta parecer otro. Es el injerto nuevo que crece más lozano y da flores más hermosas y frutos más sazonados y vistosos. Es la acción de Dios que se trasluce en las obras santas de cada uno. Es el jardín de Dios florecido con la más variada y lozana hermosura.

Esto vemos en el orden externo de la condición, del modo de ser, de las inclinaciones, gustos y predilecciones personales e individuales.

104.—Si analizamos el orden interno, íntimo espiritual, en lo poco que podemos analizar, no en el orden psicológico sólo, sino en un orden más hondo, en lo íntimo espiritual, sabemos por la fe y la teología que la gracia crea, cambia y transforma. *De una naturaleza natural hace la gracia una naturaleza sobrenatural.* La gracia transforma el alma en amor divino. La gracia levanta al alma a un orden superior al que naturalmente le corresponde. De una común piedra rodada hace un riquísimo diamante y convierte la oscuridad en claridad.

La gracia hace al alma participante de Dios en su misma naturaleza divina. Dios no sólo reviste al alma con la gracia, sino que se la comunica de su misma vida, de su mismo amor infinito, trocan-

do la fealdad en hermosura y lo despreciable en el más preciado tesoro.

La gracia es el amor especial de Dios al alma, y las acciones que realiza el alma con esta gracia divina, con este amor especial, aun cuando al exterior y a los ojos de los hombres y aun a los propios ojos no tengan diferencia alguna de las demás, son en realidad acciones de otro orden muy superior a las que realiza el alma que no está en gracia. Las acciones del alma en gracia, además de ser acciones naturales por la naturaleza humana que las ejecuta, son acciones sobrenaturales, pues proceden de este principio vital sobrenatural y el mérito de esas acciones es también sobrenatural y durará para siempre. Una rosa pintada no tiene vida ni fragancia. La savia da la vida y la fragancia a la rosa del rosal.

105.—Si nos fuera dado ver ahora en la tierra esas acciones con la mirada de Dios como las veremos en el cielo y en su luz, veríamos que no se parecían en nada las acciones naturales y las sobrenaturales, menos que se parece la vida de las plantas a la vida del hombre y las flores a las virtudes. Las acciones naturales son como de sombra, las acciones sobrenaturales son de luz de cielo, de armonía de ángeles, son no sólo reflejo de la vida de Dios, sino participación real de su vida

y de su naturaleza. Como carece de vida la rosa seca o pintada, carecen de vida sobrenatural las almas que no tienen la gracia.

La gracia es la nueva criatura sobrenatural que Dios puso en el alma, como pone el germen y produce la vida un poco de tierra y humedad con calor.

El alma en gracia es hija muy amada de Dios, hermana hermosísima de los ángeles del cielo y con ellos vivirá y gozará el día de la eternidad. El alma en gracia es la criatura de amor de Dios, como lo es el serafín que tanto nos ilusiona, aunque menos brillante y ardiente. Muchas almas crecidas en gracia viven en aspiraciones y deseos de ver y poseer y gozar ya de Dios directamente en su esencia y en gloria como le viven los serafines y sólo sobrellevan la espera.

El alma crecida en gracia desea ser ya revestida con las gloriosas cualidades propias del cielo y verlas con sus ojos y tocarlas con sus manos ya felices y gloriosas. Pero aún no ha llegado este momento (1).

Dios da la gracia en orden a la vida eterna y sobrenatural, para poseerle con felicidad sobrenatural en el cielo.

Cuando la gracia transforma al alma y la le-

(1) Un Carmelita Descalzo: *Yo en Dios o El cielo*, capítulo V.

vanta a vida sobrenatural, pone en ella perfecciones nuevas y sorprendentes. Pone vida nueva.

106.—Quiero recordar de nuevo, aun haciéndome pesado con la repetición, algunas comparaciones de las cosas naturales con la gracia, dejando para más adelante, y en lugar más apropiado, otras nuevas y con más explanación.

Tenemos continuamente una cerilla o un encendedor en las manos; al frotarla se enciende, se transforma en luz y fuego.

El trocito de algodón empapado en alcohol o en un perfume es el mismo algodón que era antes de empaparlo, pero después de empapado tiene la fragancia del perfume y arde como el alcohol o como el perfume.

El hierro metido en el fuego sigue siendo hierro, pero se pone rojo e irradia calor; y si se intensifica el fuego, se reblandece y llega a transformarse en elemento líquido y se le puede dar la forma que se desee según sea la habilidad y el genio de quien lo trabaja, y hasta puede transformársele en volátil gas.

La corriente eléctrica produce luz en el foco y calor en la resistencia y fuerza en el motor y ella misma es producida por la fuerza del agua o del calor. Con la electricidad nos comunicamos y vemos a distancia en el teléfono, en la radio, en la televisión. Una fuerza nueva produce efectos

nuevos y maravillosos, como el injerto produce más hermosas rosas y frutos más vistosos y agradables.

El alma no merece en rigor de justicia ni la primera ni la nueva gracia. Por eso es gracia. Pero Dios amorosísimo y generoso viste al alma con la primera gracia y, según la fidelidad que guarde, la concede el desarrollo y aumento de nuevas gracias para realizar obras más perfectas, y la concederá la grandeza de cielo según hayan sido las virtudes practicadas. Dios, como que se ha condicionado a Sí mismo y ha condicionado su omnipotencia al querer o determinación del alma para perfeccionarla, enriquecerla en bienes espirituales y darla el cielo en proporción de las virtudes vividas. Por esto da Dios a cada uno la gracia según es la voluntad y decisión de cooperar y según la fidelidad a sus llamadas, siempre cimentado todo en humildad. Pues la humildad es vivir la verdad. Por esto decimos ordinariamente que cada alma recibirá la hermosura y riqueza de la gracia como medida y tesoro para el cielo cuanta el alma quiera, y que cada alma tendrá el cielo que ella se haya labrado y que cada alma es tan santa cuanto quiere ser.

Lo importante es que el alma se ponga humilde en las manos de Dios, se lo pida y confíe, y entonces Dios en este lienzo de nuestro ser, que es de suyo de muy poco valor, no pinta, sino hace

su propia imagen viva y divina, convirtiéndolo en una hermosura y riqueza que supera toda admiración y todo precio. Es Dios mismo en el lienzo del alma ya transformada por la gracia y por el amor y unida a Dios y hecha Dios por su divino poder.

CAPÍTULO XX

EL ALMA POSEE A DIOS POR LA GRACIA

107.—Me enseña la teología, y me lo confirma la razón, que Dios es infinito en todas las perfecciones o que Dios posee actual y simultáneamente todas las perfecciones posibles en grado sumo e infinito. Dios posee por lo mismo simultáneas las perfecciones de la inmensidad y de la simplicidad en grado también infinito.

No puede mi imaginación formar una idea o una representación de cómo Dios es actualmente al mismo tiempo el Ser inmenso y el Ser o acto simplicísimo, que mi fantasía figura como contrapuestos, pues la inmensidad es la perfección por la cual Dios —que no necesita de lugar ni de nada para existir, pues su misma esencia infinita es su mismo existir y existe en Sí mismo—, desde el momento en que crea los seres, está en todos

por esencia, presencia y potencia, dándoles el ser y cuantas propiedades tienen y conservándoles ese mismo ser y todas sus propiedades en sí mismos y en relación con los demás seres creados y es al mismo tiempo el acto simplicísimo en infinito entender, en infinito gozar y amar y en infinito obrar, y su obrar y su amar y su entender son lo mismo y eternos y sin mutación ninguna.

Por su inmensidad y simplicidad está todo en Sí mismo y está todo en todas las partes y en todos los seres y está todo totalmente como es, infinito. Siendo simplicísimo, no admite división ni partes. Está todo indivisible, infinito, totalmente con todos sus atributos. Está todo en mi alma como está todo en el último átomo de los confines del universo. Pero no hace de ordinario efectos sensibles de su presencia en mi alma cuando está por amor o por gracia.

Sé, Dios mío, que estás en todos los seres y estás en mí por esencia, presencia y potencia. Sé que a mí y a todas las criaturas nos estás dando este ser y estas propiedades que tenemos y nos las estás ininterrumpidamente conservando. Sé que estás más presente a mí que yo a mí mismo y viéndolo todo actualmente.

Todo está continua y simultáneamente presente a Dios. Nada se esconde al gobierno y disposición de Dios. Todas las propiedades y todas las fuerzas y todo el orden que tienen y guardan to-

das las cosas y toda la naturaleza las ha criado y las está dando Dios. Nada puede obrar ser alguno si Dios no le da actualmente el ser que tiene y la fuerza o energía para obrar.

No puede haber ni un solo ser, ni un solo átomo, ni una sola bacteria que no dependa en su existir y en su obrar directamente de Dios. No puede darse ni una sola acción, ni un solo pensamiento o deseo que no proceda directamente del querer y del obrar de Dios.

108.—No sólo *en Dios vivimos, nos movemos y estamos* (1), sino que *no somos capaces para concebir por nosotros mismos pensamiento alguno, y nuestra capacidad viene de Dios* (2), y es Dios quien nos comunica el poder y la facultad para realizar todas y cada una de nuestras acciones, todos y cada uno de nuestros pensamientos e ideales. Sin su actual e individual comunicación y conservación seríamos no sólo impotentes, sino que dejaríamos de existir.

Ni deja Dios de estar en cuantos se rebelan contra El y obran la maldad dándoles también el ser que tienen y la fuerza y las cualidades que emplean para obrar, aunque usen mal de la inteligencia y de la habilidad o bienes que tan generosa y paternalmente les da.

(1) *Act.*, 17, 28.
(2) 2 *Cor.*, 3, 5.

109.—Dios está con amor especial en las almas que viven en gracia. Dios quiere estar en mi alma cada momento con más intenso amor especial.

Ya hice resaltar cuanto pude que la gracia es el don especial, o el amor especial que Dios pone en el alma y con el cual la sobrenaturaliza.

La gracia es amor sobrenatural de Dios o participación de la naturaleza del mismo Dios.

De tal manera se complace Dios en las almas en gracia y tanto las ama, que las levanta y transforma hasta hacerlas participantes de su misma naturaleza, y de sus perfecciones divinas y de su misma vida y gloria hasta unirlas en amor con El, en amor santo en la tierra y en amor glorioso en el cielo.

Dios está continuamente instando con su gracia o con su amor a que el alma se disponga con la fidelidad para recibir un más alto e intenso amor suyo, una mayor participación de su naturaleza y de sus perfecciones y una más íntima unión con El. Dios quiere hacerse del alma, si el alma quiere, y Dios hace al alma divina, transformándola en amor suyo y dándola pensar y amar divinos porque une su inteligencia y su amor con la inteligencia y el amor del alma. Dios nunca deja de cumplir su palabra ni falta al alma si el alma no falta a Dios.

110.—A muchas almas comunica Dios con la

gracia y el amor un especial gozo, un especial y sensible afecto de alegría, de ternura, de agradecimiento y confianza, con lo cual se sienten esas almas inundadas y empapadas en satisfacción y en ansias de ofrecerse a Dios y de ver ya claramente a Dios y se deshacen en agradecimiento y gozo como en anticipos de lo que les tendrá preparado en el cielo y se estimulan a sí mismas a una más delicada entrega y a una más perfecta fidelidad.

Dios hace sentir su presencia amorosa en estas almas (3), presencia tan regalada que supera todo otro regalo: *viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida tan sabrosa será esta que vive, en la cual, así como Dios no puede sentir ningún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite de gloria de Dios en la sustancia del alma ya transformada en El* (4).

Santa Teresa de Jesús decía, inundada por este afecto: *¿Qué hace, Señor mío, quien no se deshace por Vos?* (5). Y en muchos pasajes de sus obras se esfuerza por expresar lo que son los inefables gozos que Dios hace sentir al alma sin que puedan compararse los bienes de la tierra con estos bienes, antes un solo gozo de éstos en un momento gozado supera a cuanto puedan dar los go-

(3) *Cántico espiritual*, 11, 3.
(4) *Cántico espiritual*, 22, 6.
(5) *Vida*, 39, 6; *Moradas*, 6, 4, y en varios lugares más.

zos de la tierra todos juntos y por toda la vida (6). ¿Quién puede leer sin admiración lo que de este hacerse Dios sentir amorosamente en el alma dice San Juan de la Cruz?

Sobre manera me impresiona lo que leo en la vida de muchos santos que Dios les regalaba en gozos semejantes o muy diferentes a lo que dice Santa Catalina de Génova de los que ella sentía:

Era un torrente de amor tan fuerte, tan violento, tan dulce, tan embriagador, que apenas podía tenerme en pie. No encuentro palabras para describirle. Solamente puedo decir que si cayese en el infierno una chispa del fuego que me consume, vendría a ser para sus desgraciados habitantes la vida eterna, transformando la noche en día, las penas en consuelos, los demonios en ángeles (7).

III.—¡Qué maravillas sensibles obró Dios en muchas almas que vivieron la gracia y se vaciaron de sí mismas y se entregaron a Dios! Y si sensiblemente quiso el Señor mostrarse en efectos tan admirables con esas almas, insensible, pero realmente, lo hace con todas las almas que viven la gracia y en proporción de la gracia y del amor que vivan. Dios toma posesión del alma en gracia y el alma en gracia toma posesión de Dios. Dios une Consigo mismo al alma en gracia y la intimi-

(6) *Conceptos del amor de Dios*, 4.
(7) Fr. Justo Pérez de Urbel: *Año Cristiano*, 22 de marzo.

dad de esta unión es en proporción de la gracia que se tenga desde el primer grado de gracia, cuando el alma la recibe, hasta las insospechables e inimaginables intimidades de la unión en el matrimonio espiritual, hasta la transformación del alma en amor divino cuando dice al alma: *Yo soy tú y tú eres yo*, como dijo a la Beata Angela de Foligno y ha dicho a muchos otros santos (8).

San Juan de la Cruz expone delicadamente esta misericordia amorosísima de Dios para con el alma dándose a Sí mismo y diciéndola: *En esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti* (9). ¿Quién puede adivinar el gozo del alma en una tan regalada como altísima donación? Dios se hace del alma.

Pues si mi alma está en gracia de Dios, Dios me ha levantado al orden sobrenatural; Dios me ha dado su amor y quiere aumentármele; Dios se complace en mí; Dios se me ofrece en una donación que supera toda concepción y se hace mío, mío propio, más propio mío y más íntimo que el aire que respiro, que el sol que me ilumina y calienta, que el alimento que tomo y asimilo y como si sólo fuera para mí.

Dios me viste el vestido del cielo poniéndose

(8) *Documentos originales de la Beata Angela de Foligno. IX. Comienza el paso séptimo.*
(9) *Llama*, 3, 6.

El mismo en la esencia de mi alma y en todo mi ser. Este vestido será mi vida gloriosa en la eternidad y mi vida sobrenatural en la tierra. Es Dios mismo. Dios me comunica y pone sus perfecciones, su vida, su poder, su sabiduría y felicidad, su bondad y hermosura y todo bien en lo más íntimo mío y empapando todo mi ser más que la madre dando de sí misma, de su propio pecho, el alimento al hijo amado que lleva en sus brazos o en su seno y me estimula a que conozca y aprecie yo esta ternura maravillosa y esta sobrenaturalidad que pone a mi disposición para que yo quiera aumentarla, pues está deseoso de dárseme más y comunicárseme más intensamente poniéndose a mi voluntad, saturándome de divinidad hasta unirme con El mismo en unión de altísimo, secretísimo y perfecto amor. Pocas veces sensible en la tierra, siempre glorioso e incomprensible después en el cielo. En la tierra muy ordinario es cruz, dolor y opresión, porque es purificador, pero es amor especial de Dios.

Nunca te cansas, Dios mío, de darme y dárteme a Ti mismo y Contigo me das tus perfecciones en proporción a como sea mi entrega, mi delicadeza y mi fidelidad Contigo.

112.—Es cierto que esto no lo puedo merecer de rigurosa justicia; pero no es menos cierto que Dios me da con tanta abundancia cuanta sea mi

fidelidad, porque Dios ha querido, en su bondad, dar merecimiento y premio según sean las obras de cada uno.

Dios es la fuente de todo bien y de todo amor y nunca se agota.

Dios es el manantial perenne de bondad y de misericordia.

Dios es el sol inextinguible y no cesa de irradiar perfección y amor a cuantos quieran recibirlos.

Dios me llama a mí y llama a todas las almas con mayor o menor intensidad para que queramos participar y vivir de su misma vida. Es lo más grande y hermoso que puede darse y me llama para vivirla no sólo aquí en la tierra, sino, empezando aquí en la tierra, transformarla luego y hacerla gloriosa en el cielo para siempre, sin fin, sin interrupción alguna. Viviré siempre en gloria.

Me llama más amoroso y actual a mí cuando esto escribo. Te llama también a ti cuando esto lees.

Y me pregunto con dolor: ¿por qué no me dejo transformar en amor de Dios? ¿Por qué no me determinaré ya a participar de las perfecciones divinas y de la misma vida de Dios? ¿Por qué no escogeré yo que Dios sea el Amado mío? ¿Qué comparación, por remota que sea, o qué distancia tan insospechada y que trasciende toda imaginación, no hay entre los bienes y hermosuras y ofre-

cimientos del mundo o de los hombres y este bien, y esta riqueza, y esta espiritual hermosura que Dios pone en el alma como parte de Sí mismo?

Con su gracia Dios toma posesión de mí. Con la gracia divina que Dios me da tomo posesión de El mismo, de su naturaleza, de su vida, de sus perfecciones. ¡Y es posesión la más íntima, la más alta, la de mayor bondad y encanto! ¡Dios une mi entendimiento a su infinito entendimiento y mi voluntad a la suya! Mi inteligencia vivirá y gozará de pensamientos de Dios y amores de Dios. No es contacto de materia con materia, es compenetración de espíritu con espíritu, de entendimiento y voluntad con el entendimiento y voluntad de Dios. Dios amando enriquece, hermosea y diviniza cuanto ama.

Dios amando con amor especial mi alma me empapa en su infinito amor, en su infinita bondad y hermosura; me hace amor divino y me transformará en el cielo en dicha y gozo divino, en el divino deleite. Amando yo a Dios con amor especial, amo y me posesiono y participo de la verdad infinita, del infinito bien no sensiblemente, y en el cielo del infinito gozar con toda la capacidad de mi inteligencia y de mi voluntad.

El amor especial de Dios da posesión del mismo Dios, y el alma amada, en cada obra y en cada acto, merece más amor de Dios y se une más íntimamente a Dios. En el cielo es la felicidad. Sen-

tirse amado de Dios en la tierra es ya como un cielo anticipado y las potencias ansían el vuelo a la gloria, a la visión directa de Dios, y con tanto mayor vehemencia desean emprender este vuelo al cielo cuanto el amor se manifiesta en purificación, en ansia, en prueba. El alma anhela dejar el destierro y subir a la patria para ya unirse permanentemente y segura con Dios. ¡Es el ansia de ver a Dios! Por eso le dice al Señor con San Juan de la Cruz:

Esta vida, que yo vivo,
es privación de vivir;
y así es continuo morir
hasta que viva Contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero (10).

(10) *Coplas del alma que pena por ver a Dios.*